

Todo quedó en silencio. Unas gotas grandes y ca-
lientes comenzaron a caer, y una brisa sofocante hizo
balancear las ropas que colgaban de algunas ventanas
de la plazuela. Cuando el lloro de algún niño desvelado
se apoderó del silencio de aquella media noche, Artadi,
desbordándose a un mundo mejor, exclamó:

—¡Ahorita, *Gringo*, vámonos!...

Y salieron a todo correr, sin sentir la dura pen-
diente de la calle bajo los pies. Cuando rebasaron el
Convento de la Agustinas, se detuvieron, extenuados
y sin aliento.

—Escucha—le preguntó *El americano* a su perro—:
¿Cuántos vasos de sidra me he bebido donde Cataliñ?

Gringo gruñó alegremente.

Ya a campo descubierto y cerca del caserío, Artadi
miró a lo lejos, en todas direcciones.

—¡Mira, mira! ¿Qué es eso?...

Unas hogueras lejanas, diseminadas por los montes
vecinos, se perdían en la noche espesa como si fueran
luciérnagas. En San Marcos tres, en Jaizquibel cuatro,
en Oyarzun una, dos, tres...

Un surtidor de lejanos recuerdos brotaba en la mente
de Artadi. Instantáneamente reparaba aquellas narra-
ciones de su abuela, cuando de niño le oía asustado en
la antañona cocina, aquellas cosas de *sorquiñas*, *lamias*
y del *baso-jaun*; aquellos seres tremendos que tantas
veces le quitaban el sueño.

¡Víspera de San Juan! ¡Noche de sábado! ¡Solsticio
de verano!...

Era la noche del magno aquelarre anual; la noche
de la orgía frenética, en la cual, bajo el mandato de
una llamada desconocida y superior, se daban cita en
el Zugarramurdi navarro todos los seres turbios y
malos de la región.

En el interior de la sombría caverna un mundo

irreal, tumultuoso y subterráneo, se agitaba turbulento
cual intensa pleamar, bailando frenéticas danzas, cum-
pliendo ritos milenarios y acatando consignas cuyos
orígenes se perdían en el polvo remoto de los primeros
tiempos...

Rentería, que se había lanzado de brucea a la estela
del Progreso y del Maquinismo, mostraba sus fuertes
espaldas a todas estas cosas, dejando a un lado del
camino aquello que fué fuerte levadura en épocas de
paz y de sosiego. Ahogados los renterianos en el pro-
sai no vulgar de los tiempos modernos, ya no miraban
al cielo más que a través del ánima de sus chimeneas
fabriles, alzándose de hombros, sonrientes, si se les
hablaba de trasgos, *sorquiñas* y fantasmas.

Por eso no era de extrañar que la representación
local en el Zugarramurdi inquietante, en noche tan
señalada, fueran aquellas tres cochambrosas y apoli-
lladas brujas vinculadas a cierto destartalado desván
de la Calle de Arriba, y que en la actualidad, asmáticas
y cargadas de ácido úrico, ni a los niños con lombrices
sabían hacer llorar.

Solamente Artadi, campeón de un valor imaginario
y eterno mixtificador, que faltaba del pueblo diecisiete
años y no había asistido a su evolución, supo toparse
con ellas.

En la sidrería de la calle de la Magdalena no hizo
alusión ninguna a aquel mal paso, si bien se echó de
ver en seguida e inexplicablemente, que aquellas heró-
icas empreas allende el Atlántico, iban adaptándose a
un diapasón mucho más bajo.

¡Menos mal que Cataliñ, Arróspide el vizeaíno y los
contumaces jugadores de mús de la fresca bodega, no
habían estado allí, pegados a la madera carcomida del
ruinoso portal!...

SANTI DE OARSO.

“CUCHARES” EN RENTERIA

Entre gritos, voces y
alguna improvisada cha-
ranga, suena el clarín;
empieza el nerviosismo y
hace su salida a la plaza
el primer novillo embola-
do, con las carreras, sustos
y estacazos consabidos.

El pasado año tuvieron
campo donde lucir sus fa-
cultades los aficionados al
arte de “Cúchares”.

Sigue en aumento la
afición de la localidad.
Pero los bichejos de Las-
tur suelen saber latín...
para desgracia del aficio-
nado renteriano...

